



CLAUSTRO PLENO ORDINARIO 2026

PONENCIA

Rodrigo Saavedra Venegas

Facultad de Arquitectura y Urbanismo

Universidad, verdad, belleza e interdisciplinariedad

Hay momentos universitarios que nos exigen pronunciar una palabra con sentido. Este es uno de ellos, y por eso tiene un significado especial. Estamos reunidos sin un orden rígido, en un espacio que nos convoca y donde el solo hecho de estar presentes nos hace partícipes: aquí se reconocen los rostros, se lee, se escucha, se piensa y se comparte una experiencia común.

Ese encuentro es, en sí mismo, una experiencia universitaria. La universidad no se reduce a un conjunto de disciplinas o procedimientos académicos; es, ante todo, una comunidad que se reúne para pensar en común. Por eso, el espacio universitario está hecho tanto de palabra como de escucha, tanto de sonido como de silencio.

Hace pocos días vivimos un temporal: un ruido continuo de viento huracanado, la lluvia golpeando las superficies y, al mismo tiempo, los pájaros en silencio. Esa experiencia nos recuerda que la realidad se manifiesta no solo en lo que irrumpe, sino también en lo que calla. Del mismo modo, en la vida universitaria el conocimiento no nace únicamente de las voces que hablan, sino también de la capacidad de atender, de esperar y de acoger aquello que todavía no tiene forma de respuesta.

Quizá allí se encuentre una de las dimensiones más profundas de lo universitario: en la disposición a permanecer atentos tanto a lo evidente como a lo silencioso, tanto a las certezas como a las preguntas que aún no sabemos formular. La universidad se hace verdadera cuando cultiva ese espacio compartido donde la palabra puede emerger con sentido y donde el silencio no es ausencia, sino condición para pensar.



CLAUSTRO PLENO ORDINARIO 2026

“Viviendo en la **verdad** y en el **amor**” (Ef. 4, 15)

Desde allí surge una pregunta decisiva: ¿qué es lo realmente y profundamente universitario? Tal vez lo universitario consista, antes que nada, en permanecer en la pregunta, en atreverse a formular las preguntas esenciales. Y, sin embargo, con frecuencia cuesta reconocerlas y nombrarlas. Cuesta decir aquello que verdaderamente responde a la vocación universitaria. Quizá lo universitario sea precisamente el encuentro con la esencia de cada disciplina y, desde ella, la apertura hacia las demás.

Hablar aquí, ante esta audiencia, exige decir algo con sentido y con verdad. Y quizá lo que más sentido tiene es aquello que verdaderamente se siente.

Y lo que siento nace de mi propia experiencia disciplinar. La arquitectura, el diseño, el arte, el urbanismo y la ciudad son testimonios de una búsqueda de belleza y de justicia. No se trata solo de producir objetos o espacios, sino de ofrecer formas de comprensión de la vida común.

La vida cotidiana, la ciudad y la expresión humana nos recuerdan que la universidad no es solo una institución académica, sino un espacio profundamente humano. Lo verdaderamente universitario implica crítica, búsqueda de la verdad y apertura al sentido de la belleza. Esa búsqueda está implícita en nuestro oficio: buscamos una verdad que también se manifiesta como belleza, una belleza que debe ser ofrecida y compartida en el sentido más amplio.

Nuestra disciplina quisiera estar más atenta a esa búsqueda, permitiendo que la belleza se encuentre con la libertad. Y pertenecemos a una universidad que nos entrega un marco valórico y nos orienta desde convicciones profundas. Pensar así reconoce que el arte, el conocimiento y la creación forman parte de una búsqueda humana incesante.

Aquí aparece una dificultad importante: la investigación suele ser realizada por investigadores; la creación, por creadores; el arte, por artistas; la arquitectura, por arquitectos; y el derecho, por juristas. Esa precisión disciplinar puede orientar el trabajo, pero también puede convertirse en un límite cuando impide formular preguntas más amplias. La creatividad nace precisamente de las preguntas, y estas deberían situarse al inicio del encuentro entre disciplinas.



CLAUSTRO PLENO ORDINARIO 2026

“Viviendo en la **verdad** y en el **amor**” (Ef. 4, 15)

La interdisciplinariedad no surge simplemente de poner disciplinas una junto a otra ni de establecer relaciones subsidiarias entre ellas. Lo decisivo es encontrar la pregunta inicial que convoca a todos. Para ello, los encuentros casuales, fortuitos y gratuitos son fundamentales, pues permiten formular preguntas que difícilmente aparecen en espacios excesivamente planificados.

Recuerdo una práctica antigua de la universidad: los estudiantes debían cursar asignaturas de estudios generales diametralmente opuestas a su formación principal. Esa obligación de encontrarse con otra disciplina generaba experiencias fecundas y constituía una estrategia valiosa para fomentar la interdisciplinariedad.

Investigar interdisciplinariamente exige tiempo, y el tiempo es precisamente uno de los recursos más escasos para los investigadores. Encontrarse, dialogar y construir preguntas comunes requiere un esfuerzo considerable. Por ello, más que exigir resultados inmediatos, conviene crear condiciones institucionales que favorezcan esos encuentros.

Una vía posible consiste en abrir nuevas asignaturas interdisciplinarias, especialmente en la formación fundamental. Allí puede desarrollarse una continuidad de preguntas y una exploración más libre y menos instrumental. Desde ese espacio inicial podría avanzarse posteriormente hacia proyectos de investigación más complejos.

Cada disciplina responde adecuadamente a ciertos problemas propios; sin embargo, los grandes problemas de la sociedad suelen situarse fuera de los límites estrictamente disciplinares. Por eso necesitamos aprender a dialogar, enseñar a dialogar y enfrentar problemas complejos desde una complejidad inicialmente muy acotada que luego pueda ampliarse.

En este punto resuenan unas palabras del papa Francisco sobre los tres lenguajes de la formación: **la cabeza**, pensar lo que se siente y se hace; **el corazón**, sentir lo que se piensa y se hace; y **las manos**, hacer lo que se piensa y se siente. Esta integración de pensamiento, afecto y acción expresa de modo profundo el sentido de la formación universitaria. La universidad no forma solo especialistas; forma personas capaces de pensar con verdad, sentir con humanidad y actuar con responsabilidad.



CLAUSTRO PLENO ORDINARIO 2026

“Viviendo en la **verdad** y en el **amor**” (Ef. 4, 15)

Solo intento reforzar una convicción: lo disciplinar sigue siendo indispensable, pero ciertamente no basta por sí solo. El desafío universitario consiste en conservar la solidez de las disciplinas y, al mismo tiempo, abrir espacios reales de encuentro donde puedan surgir las preguntas comunes que hacen posible una auténtica interdisciplinariedad.

Quisiera terminar retomando el espíritu con el que comenzamos: el de una comunidad reunida para pensar en común. Por eso reitero algo que dije el año pasado: no descuidemos el pregrado. Es allí donde se juega, de manera más concreta, lo profundamente disciplinar; es en el trato cotidiano con los estudiantes, en la conversación de cada día, en la escucha atenta y en las preguntas que todavía no tienen respuesta, donde la universidad vuelve a encontrar su verdad, su belleza y su sentido más humano.

Gracias